



Ð. JUAN DE AUSTRIA
Á LOS DIECISÉIS AÑOS

(El original, de Antonio Moro se conserva en el Real Convento de Descalzas
de Madrid.)

LIBRO SEGUNDO



I

EL tránsito de Jeromín a D. Juan de Austria fué tan natural y espontáneo, que nadie se preguntó cómo había podido trocarse en Príncipe cumplido tan modesto labradorcillo, sino preguntábanse todos cómo había podido estar tanto tiempo oculta bajo tan humilde disfraz persona tan excelsa.

La indiscutible ley de raza que había impreso indudablemente en el niño el augusto sello de la suya: el tacto exquisito de que Dios le había dotado, y los consejos de cortesano tan experto como Luis Quijada y dama tan cumplida como D.^a Magdalena, encargáronse fácilmente de hacer el milagro.

Acogióle el pueblo con entusiasmo, la corte con respeto y la familia real con verdadero cariño de hermano. Satisfecho el Rey de su obra, comenzó a esperar de ella grandes resultados: la Princesa D.^a Juana abrióle desde luego su corazón y sus brazos con la bondad y rectitud de su hermosa alma; y hasta el Príncipe D. Carlos, duro y receloso con todos los suyos, fué desde el primer momento con él cariñoso y franco. Llamóle un día aparte con mucho mis-

terio, y sacando un papel del seno, hízole jurar sobre él que le seguiría a la guerra cuando llegase el caso. Prometióselo D. Juan, y satisfecho el Príncipe, regalóle un joyel para la toca con una muy gruesa esmeralda.

Mas en quien encontró D. Juan desde su presentación en la corte un *alma gemela*, como se diría hoy y no se decía entonces, fué en su sobrino Alejandro Farnesio, que desde el primer momento comenzó a partir con él sus estudios y sus juegos de niño, como había de partir más tarde sus trabajos y sus triunfos, sus alegrías y sus lágrimas.

Había convocado el Rey Cortes en Toledo para el 9 de Diciembre, con la idea de hacer jurar Príncipe de Asturias a su primogénito D. Carlos, y parecióle muy oportuna esta ocasión para presentar por primera vez a D. Juan figurando como Príncipe real en los actos oficiales de la corte.

Fijóse para la jura el 22 de Febrero de 1560, y el 12 hizo su primera entrada triunfal en Toledo la nueva Reina doña Isabel de Valois, llamada con harta razón *de la Paz*, tercera mujer de Felipe II. Entró por la puerta de Visagra, en una hacanea blanca, bajo un palio de brocado con las goteras bordadas y en los escudos una F y una I, iniciales de los nombres de Isabel y Felipe. Hiciéronse grandes festejos que se interrumpieron al punto por haber adolecido la Reina de unas ligeras viruelas, lo cual fué causa de que no asistiese a la jura.

La víspera de ésta envió la Princesa D.^a Juana a su hermano D. Juan un riquísimo vestido, suplicándole lo luciera en la solemnidad del siguiente día. Habíalo dirigido la buena Princesa y escogido ella misma los adornos y colores, según juzgó que podían realzar más la gallardía del mancebo: era todo él, ropilla y ropón, de terciopelo encarnado bordado ricamente de cañutillo de oro y plata, con soberbia botonadura de diamantes.

Había de celebrarse la jura en la Catedral, y hallábase ésta entonces huérfana de su Arzobispo: éralo el famoso Fr. Bartolomé de Carranza, que vimos ya asistir en Yuste a los últimos instantes del Emperador. Mas la tempestad que entonces se cernía sobre aquel infeliz Prelado había ya descargado con toda su fuerza y tenía a la sazón incomunicado en rigurosas prisiones el Santo Oficio.

Dirigióse, pues, el Rey, a falta del Arzobispo, al cabildo catedral, y éste correspondió a sus deseos con la pompa y magnificencia propias de aquella iglesia metropolitana. Cubrióse todo el trascoro de paños de brocado, y levantóse en el fondo de la nave un tablado con ocho gradas para subir y cuarenta pies cuadrados de extensión: cubríalo todo una riquísima alfombra y defendíalo y dábale acceso una valla dorada. En el fondo del tablado levantábase un suntuoso altar, cubierto de brocado de oro y adornado con las mejores joyas que en el tesoro de la Catedral se guardaban. A su derecha había un gran dosel cobijando tres siales con reclinatorios y cojines, todo también de brocado de oro: el del centro era para el Rey, el de la derecha para la Princesa D.^a Juana y el de la izquierda para el Príncipe D. Carlos: al lado de D.^a Juana, pero fuera ya del dosel, había una silla rasa, también de brocado de oro, para don Juan de Austria.

Frente al altar había un sitial de terciopelo carmesí para el Cardenal-Obispo de Burgos, que había de recibir el juramento, y a su lado una mesita con cojín delante, todo cubierto de terciopelo, que era donde había de prestarse, sobre una cruz de oro y el libro de los Evangelios abierto. A derecha e izquierda de la nave y por debajo ya del tablado, extendíanse varias hileras de bancos, rasos unos y con respaldo otros, según las categorías de los que hubiesen de ocuparlos, que eran los Embajadores de las poten-

cias extranjeras, Prelados, Grandes, títulos de Castilla y Procuradores en Cortes. El centro de la nave estaba vacío, y en sus entradas y en tribunas levantadas sobre el coro y en sus extremos agolpábase el inmenso y apiñado público.

A las ocho y media de la mañana llegó el primero a la Catedral el Cardenal Obispo de Burgos con capelo y manto cardenalicio; venía en una mula blanca encapazonada toda de púrpura, que guiaban del diestro dos diáconos y llevaba por delante la cruz pastoral, a pesar de no hallarse en su diócesis. Precedíanle y seguíanle todas las gentes de su casa y gran séquito de canónigos y caballeros de la ciudad, que formaban una vistosa y autorizada comitiva. Era este personaje D. Francisco Hurtado Mendoza y Bobadilla, hijo del Marqués de Cañete D. Diego, y nieto por su madre de la célebre Marquesa de Moya D.^a Beatriz de Bobadilla, dama favorita de la gran Reina Católica. Estimóle siempre mucho Felipe II por sus virtudes y sus letras, y él fué el autor de aquel famoso memorial presentado al Rey poco después de esta fecha, que ha pasado a la posteridad como libro curioso y raro hoy con el título de *El tizon de la nobleza*. Apeóse el Cardenal en la puerta del Perdón, donde le recibieron vestidos de pontifical los Arzobispos de Sevilla y de Granada y los Obispos de Avila y Pamplona.

Un cuarto de hora después llegó la corte. Venía delante el Príncipe de Parma Alejandro Farnesio con el Almirante de Castilla, los Condes de Benavente y de Ureña, los Duques de Nájera, Alba y Francavila, los Marqueses de Denia, Villena, Cañete, Mondéjar y Camares: el Maestre de Montesa, el Prior de San Juan en Castilla y en León y otros muchos grandes señores y títulos, con tal lujo y magnificencia todos ellos en ropas, arneses y monturas que había gualdrapas de dos mil ducados de coste, sin contar el valor

de las piedras y perlas: eran todas ellas bordadas de cañutillo como los trajes, porque la chapería de oro, con ser más vistosa, desechábanla ya los elegantes por vulgar y muy vista.

Detrás de este brillante grupo que deslumbraba los ojos venían juntos el Príncipe D. Carlos y D. Juan de Austria, rodeados de todos los oficiales de sus respectivas casas, y formando lastimoso contraste la gallardía de éste con la figura mustia y contrahecha de aquél. Iba el Príncipe pálido hasta la lividez por la quartana que le roía, y la magnificencia de su traje no disimulaba del todo el desnivel de sus hombros, ni la cargazón de sus espaldas, ni la mala conformación de sus piernas desiguales. Era su vestido de tela de oro parda con botones de perlas y diamantes, y montaba un caballo blanco con ricos arneses y gualdrapa bordada sobre tela de oro parda igual a la del vestido. El caballo de D. Juan era negro, y sus arneses y gualdrapa hacían juego en terciopelo y oro con el vestido que lucía, regalo, como ya dijimos, de su hermana D.^a Juana.

Detrás venía esta ilustre y santa Princesa, en litera, rodeada y seguida de sus damas, todas a caballo, en sillones de plata, servidas de pajes y costosamente vestidas, y *contentas*, según Luis Cabrera de Córdoba, *por venir sin las damas francesas, que por estar enferma la Reina con viruelas no lucian en la solemnidad*. En gracia de ésta había dejado la Princesa su modesto traje de ordinario y venía vestida de terciopelo negro, con algunas joyas y perlas en el tocado.

Venía el Rey el último, precedido de cuatro reyes de armas, cuatro ballesteros y cuatro maceros, todos a caballo, y delante el Conde de Oropesa, también a caballo, descubierto, con el simbólico estoque de la justicia desnudo al hombro. «Habíale suplicado al Rey, dice Luis Cabrera,

que por ser enfermo y el tiempo frío, le permitiese llevar un bonetillo, y túvolo por bien. Advirtiéndole que era alto y enojado le mandó descubrir, aunque se defendía con la gracia hecha, porque no pareciese que era grande. No dejaba el Rey usurpar preeminencia ni lugar que no tocase al oficio o calidad, aunque retardara el hecho».

Acabada la misa de pontifical, que dijo el Cardenal de Burgos, sentóse éste en el sillón que le estaba reservado para recibir el juramento, y pusieron a su derecha, de pie, el Duque de Alba con su bastón en la mano, como Mayordomo mayor del Rey, y el Conde de Oropesa como portador del simbólico estoque de la justicia que llevaba desnudo al hombro. Subió entonces al tablado el rey de armas más antiguo, y hecha su reverencia primero al altar y luego al Rey, gritó desde el lado del Evangelio en tono de pregón:

—Oíd... oíd... oíd... la escritura que aquí os será leída del juramento y pleito-homenaje y fidelidad que la Serenísima Sra. Infanta D.^a Juana, que presente está, y el Ilustrísimo Sr. D. Juan de Austria, y los Prelados, Grandes, Caballeros y Procuradores en Cortes de estos reinos, que por mandato del Rey nuestro Señor, el día de hoy están juntos y presentes, hacen al Serenísimo y muy esclarecido Príncipe D. Carlos, hijo primogénito de S. M., como Príncipe de estos reinos, durante los largos y bienaventurados días de S. M. y después por Rey y señor natural propietario de ellos...

Apartóse el rey de armas, y subiendo luego el licenciado Menchaca, consejero más antiguo de la Cámara, leyó desde el mismo lado del Evangelio la fórmula del juramento, que era harto larga y pesada. Dirigiéndose entonces el Conde de Oropesa a la Princesa D.^a Juana, anuncióla que era ella la primera llamada a jurar. Levantóse al punto la Princesa,

y acompañándola el Rey y el Príncipe hasta fuera del dosel, vino a arrodillarse ante el Cardenal. Preguntóla éste:

—Vuestra Alteza, como Infanta de Castilla, ¿jura de guardar y cumplir todo lo contenido en la escritura de juramento que aquí le ha sido leída?...

La Princesa, puesta las manos sobre el libro de los Evangelios y la cruz, respondió:

—Sí, juro.

Replicóla el Cardenal:

Así Dios os ayude y los Santos Evangelios.

Fuése entonces la Princesa a hincar de rodillas ante el Rey para hacer el pleito homenaje, y puestas sus manos juntas entre las dos del Rey, preguntóle éste:

—¿Vos hacéis pleito homenaje una, dos y tres veces; una, dos y tres veces; una, dos y tres veces, y prometéis y dais vuestra fe y palabra que cumpliréis todo lo que esta escritura de juramento que se os ha leído contiene?...

—Así lo prometo, respondió la Princesa.

Y quiso entonces hincar la rodilla delante del Príncipe para besarle la mano: mas éste, puesto de pie, impidiólo con gran premura, y abrazóla tiernamente.

Volvióse la Princesa D.^a Juana a su sitio bajo el dosel, y como no hubiese ya otro Infante para jurar, adelantóse otra vez el rey de armas, y gritó vuelto hacia el banco de los Grandes:

¡Marqués de Mondéjar!... Subid a tomar el pleito-homenaje.

Subió entonces el Marqués de Mondéjar, y colocóse de pie a la izquierda del Cardenal, y a su espalda tres Consejeros del Real Consejo de Castilla y cuatro del de Aragón, que habían de servir de testigos. Adelantóse entonces el secretario Francisco de Eraso, y dijo al Rey, según consta en el texto de aquellas Cortes:

«Que ya sabia cómo el Ilmo. D. Juan de Austria no tenía la edad cumplida de los catorce años; y como quiera que se conocia que tenía discrecion, avilidad y entendimiento, que todavía a mayor abundamiento S. M. supiese el dicho defecto para que pudiese jurar e hacer pleito-homenaje en caso que fuese necesario, y habiendo S. M. particularmente oido, en voz ynteligible respondió y dixo, que así era su voluntad, no embargante las leyes de estos reinos; lo cual por el dicho Ilmo. D. Juan de Austria oydo se levantó de la dicha silla en que estava, y fué ante dicho Rmo. Cardenal, e hizo otro tal juramento como el que la Serenísima Princesa habia hecho, y fecho se levantó y fué antel dicho Marqués de Mondéjar, que estava en pie enfrente de S. M., y metidas las manos entre las de dicho Marqués, hizo el pleyto omenaje contenido en la dicha scriptura de juramento e pleyto-omenaje de suso scripta: lo qual así hecho en señal de la ovediencia, subjecion y vasallage y fidelidad a dicho serenísimo esclarecido Príncipe D. Carlos nuestro señor devida, se fué antel el dicho ilustrísimo D. Juan de Austria, e hincadas las rodillas en el suelo le besó la mano, y desde allí se tornó a sentar en la silla en que antes estava como dicho es».

Juraron después de D. Juan de Austria los Prelados, los Grandes y títulos de Castilla y los Procuradores en Cortes. Don García de Toledo, Ayo del Príncipe, el Conde de Oropesa, el Marqués de Mondéjar y los Mayordomos del Rey juraron después de éstos. El último de todos fué el Duque de Alba, que como Mayordomo mayor del Rey habia dirigido la ceremonia con su bastón en la mano; y como distraído después de hacer su pleito-homenaje, se olvidase de besar la mano al Príncipe, fué tal la mirada de ira y encono que le dirigió éste, que no queda historiador que no la mencionen y comente. Cayó en cuenta el Duque y fuese pronta-

mente al Príncipe para darle sus excusas, y éste le dió entonces a besar la mano: pero jamás olvidó este sencillo descuido, que reputó por agravio.

El Cardenal de Burgos juró después en manos del Arzobispo de Sevilla, y el Príncipe D. Carlos puso fin al acto jurando a su vez en manos de D. Juan de Austria, *guardar los fueros y leyes destos reinos, mantenerlos en paz y justicia y defender la fe católica con su persona y hacienda, y con todas sus fuerzas.*

Dióse con esto por terminada la jura, y volvió la corte al Real Alcázar, con música de ministriles, trompetas y atabales.





II



RASLADÓSE al fin la corte definitivamente a Madrid muy poco después de la jura de don Carlos, y señaló el Rey a D. Juan de Austria para su vivienda las casas de D. Pedro de Porras, que estaban frente a Santa María, muy próximas al Real Alcázar. En estas casas construyó medio siglo después el Duque de Uceda su magnífico palacio, y forman hoy el edificio que ocupan la Capitanía general y el Consejo de Estado.

Instalóse en ellas D. Juan con Luis Quijada y D.^a Magdalena de Ulloa, y salvo el respeto debido a la nueva jerarquía del hijo de Carlos V, las relaciones de éste con los Quijadas siguieron siendo después de su elevación las mismas que habían sido por seis años en la tranquila y dulce intimidad de Villagarcía.

Iba D. Juan diariamente al Real Alcázar con todo su aparato de Príncipe, para estudiar y holgarse con D. Carlos y hacer su corte al Rey y a la buena Reina D.^a Isabel de Valois, que siempre le retenía largo rato y le regalaba y convidaba, con grande satisfacción de todas sus damas. A diario visitaba también a su hermana la Princesa D.^a Juana

y acompañábala con frecuencia en sus visitas piadosas y sus múltiples devociones.

Satisfacía todo esto, como era natural, al reciente Príncipe: mas cuando volvía a su casa y encontraba a D.^a Magdalena en su estrado, ocupada siempre en cosas para él de provecho, era cuando su corazón se dilataba verdaderamente al calor de la familia y aparecía tierno y espontáneo el antiguo Jeromín, enamorado siempre de *su tía* como de amantísima madre.

Solía entonces sentarse en un almohadón a los pies de D.^a Magdalena, y con la cabeza reclinada en sus rodillas, según su antigua costumbre, confiábala sus impresiones del día y abría de par en par su alma con el candor y la sencillez de sus primeros años.

Una catástrofe inesperada vino a turbar de repente aquella tranquila existencia.

El 24 de Noviembre, poco antes del amanecer, entraba por la puerta de la Vega un labradorcillo de Alcorcón montado en su burra. Asombróle la claridad vivísima que iluminaba la plazoletilla y la fachada de Santa María, y vió entonces que salían llamas por el tejado de la casa de D. Juan de Austria.

Era ésta de dos pisos tan solo, como solían ser entonces las mejores de la villa, muy semejantes en disposición y arquitectura a la hoy de Valmediano en la plaza de las Cortes y a la del Marqués de Corbera en la calle de la Bola, con la sola diferencia de tener las de personajes nobles sendos torreones por lo menos en dos de sus ángulos.

Espantóse el muchacho de que nadie en la casa se diese cuenta del formidable incendio, y comenzó a dar voces y a golpear en la puerta gritando:

—¡Fuegol ¡fuegol... ¡Ah de la casa!...

Despertaron todos despavoridos, y Luis Quijada el pri-

mero lanzóse, como años antes en Villagarcía, a salvar a D. Juan de Austria. Encontróle tirándose de la cama para acudir él en socorro de D.^a Magdalena: mas sin hacer caso Luis Quijada de sus gritos ni de sus esfuerzos por correr al cuarto de *su tía*, cogióle en brazos, en camisa como estaba, y salió a la calle en un segundo, depositándole en las gradas de Santa María. Volvió luego con serenidad admirable a sacar a D.^a Magdalena de entre las llamas y depositóla junto a D. Juan, también medio desnuda.

Desencadenóse entonces el incendio con tan tremenda furia, que con ser tan capaz el edificio sólo era media hora después una hoguera inmensa y cinco horas más tarde un montón de escombros en que únicamente quedaba de pie el paredón que correspondía a la alcoba de D. Juan de Austria.

Colgado de este paredón había quedado intacto el famoso Cristo de los moriscos, salvado por Luis Quijada otra vez de las llamas, y que desde la llegada de D. Juan a Villagarcía puso D.^a Magdalena a su cabecera. Túvose esto entonces por milagro, y fué en efecto, por lo menos, providencia especialísima de Dios para salvar imagen tan veneranda.

Acudieron los vecinos desde el primer momento, gente en su mayor parte llana, y ofrecieron con la mejor voluntad a D. Juan y a D.^a Magdalena ropas con que cubrirse. Todos, sin embargo, se apartaron y formaron calle respetuosamente ante una pareja que salió por el estrecho callejón de Santa María, existente entonces entre la iglesia de este nombre y la casa que fué luego del Duque de Abrantes.

—¡Rey Gómez!... ¡Rey Gómez!—murmuraba la multitud.

Y todos se apartaban y descubrían con esa especie de temerosa admiración con que acoge la gente menuda las ocasiones de codearse con los poderosos que sólo suele ver desde lejos y muy alto.

Era el llamado *Rey Gómez* un caballero ya entrado en años, de porte elegantísimo y facciones muy finas, barba y cabellos negros y rizados, que comenzaban ya a blanquearle.

Venía la señora envuelta en un capotillo que dejaba adivinar su esbelto talle y ver su hermoso rostro pálido y altanero, lastimosamente desfigurado por tener el ojo derecho tuerto.

Acercóse la señora a D.^a Magdalena y abrazóla con grandes muestras de compasión y de cariño, como si de antiguo se conociesen, y ofrecióle ropa que traían sus criados y albergue en su propia casa, que estaba detrás de la llamada de Abrantes, que ocupa hoy la embajada italiana. Hizo otro tanto el caballero con D. Juan y Luis Quijada, y todos juntos se dirigieron escoltados por la multitud a la casa de la tuerta.

Era esta tuerta famosísima la Princesa de Évoli D.^a Ana Mendoza de la Cerda, que tanta influencia hubo de tener después en los destinos de D. Juan de Austria; y era el caballero el Príncipe de Évoli su marido, Ruy Gómez de Silva, gran privado, mientras vivió, del Rey D. Felipe II: por lo cual transformaba el vulgo su nombre de Ruy Gómez en el de *Rey Gómez*, para demostrar su mucho poder y privanza.

Dos meses largos estuvieron D. Juan, Luis Quijada y D.^a Magdalena en casa de los Príncipes de Évoli, mientras el Rey no hizo preparar a su hermano otra convenientemente alhajada, que fué la del Conde de Lemus, junto a la parroquia de Santiago.

Mientras tanto la salud del Príncipe D. Carlos empeoraba visiblemente de día en día, y hacía su carácter cada vez más extravagante y atrabiliario. Determinó, pues, Felipe II por consejo de los médicos hacerle mudar de aires,

y envióle a este propósito a Alcalá de Henares con D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio, para que pudiese al mismo tiempo proseguir allí sus estudios bajo la dirección de Honorato Juan, que se los había dirigido desde un principio.

Salió, pues, el Príncipe para Alcalá de Henares con toda su casa el 31 de Octubre, y tres días después siguióle don Juan de Austria con toda la suya y Alejandro Farnesio con su modesta servidumbre. Hospedáronse los dos primeros en el palacio que tenían allí los Arzobispos de Toledo, vivienda muy saludable y bien oreada, con grandes huertas y frondosos jardines entonces.

No perdonó el Rey D. Felipe ningún medio ni gasto que pudiera contribuir a la brillante educación de los tres Príncipes.

Los doctores más famosos de aquella Universidad a la sazón tan floreciente, leíanles sus cátedras en privado y ayudábanles con toda clase de libros y manuscritos, en que era Honorato Juan el sabio más competente.

Bajo su dirección se copió entonces en Alcalá, sin otro objeto que la educación de los tres Príncipes, el famoso manuscrito de las obras científicas recopiladas por D. Alonso el Sabio: copió el texto Diego de Valencia, y el propio Juan de Herrera fué expresamente para dibujar las figuras astronómicas que le ilustran.

El mismo Felipe II ordenó y trazó de su mano la distribución de horas de estudio, descanso y recreo que habían de observar diariamente los tres ilustres estudiantes.

Levantábanse a las seis de la mañana en verano y a las siete en invierno, y después de bañados, vestidos y peinados, rezaban sus oraciones en presencia del Mayordomo mayor y gentileshombres de cámara, todos de rodillas. Pedíase en estas oraciones muy especialmente por los reyes de la tierra y por las almas de los difuntos.

Almorzaban después los tres Príncipes juntos, y acto seguido oían la santa Misa en la capilla privada de D. Carlos.

Seguían dos horas continuas de estudio con los maestros, presididos siempre por Honorato Juan. La lección comenzaba siempre rezando el *Veni Creator* y concluía dando a Dios gracias.

A las once salían de su cámara los tres Príncipes para comer en público: a las doce tenían lección de música y canto hasta la una, y desde esta hora hasta las cuatro volvían a reanudarse los estudios, intercalando entre ellos las lecciones de esgrima y equitación.

De cuatro a cinco recreábanse los Príncipes como mejor era de su gusto con los señores de su cámara y los caballeros a quienes con aprobación de su ayo D. García de Toledo daba el Príncipe entrada.

A las seis era la cena, y acabada ésta, proseguían hasta las nueve los paseos, juegos o ejercicios de entretenimiento, según el tiempo ayudaba y la voluntad de los Príncipes disponía. A las nueve rezaban todos juntos el rosario y cada uno se retiraba a su cámara.

Los domingos y días festivos ocupábanse las horas de estudio en ejercicios piadosos, paseos y juegos de fuerza y entretenimiento.

Creció con esta vida la intimidad y unión de los tres Príncipes, sin que por eso dejase de haber entre ellos frecuentes reyertas, propias de la edad, motivadas siempre por el carácter intemperante y díscolo de D. Carlos.

Un día, jugando éste a la pelota con D. Juan de Austria, entablóse discusión sobre una jugada dudosa, y como el Príncipe no encontrase otras razones que alegar, volvió la espalda a D. Juan con grande impertinencia, diciendo que no podía discutir con él porque no era su igual en nacimiento.

Saltó D. Juan como una fiera, y asiendo de la ropilla a D. Carlos, díjole altaneramente que su madre era una gran señora alemana y que su padre había sido mucho más que lo era el suyo.

Intimidóse D. Carlos al pronto: mas quejóse luego al Rey D. Felipe la primera vez que vino a visitarle, refiriéndole el hecho.

A lo cual contestó gravemente D. Felipe:

—Don Juan tiene razón... Su madre es una señora alemana; y su padre, el Emperador mi señor, fué mucho más grande que yo lo he sido, ni podré serlo nunca... Notad bien, D. Carlos, que en lo único que no os iguala nadie, es en soberbia y mala crianza.





III

NO sacó gran provecho en materia de letras el sabio y honrado Honorato Juan de ninguno de sus tres discípulos. Cierta era que D. Juan y el Príncipe de Parma estudiaban; pero hacíanlo por obligación, y aprovechaban naturalmente, porque tenían entendimiento agudo, fácil comprensión y feliz memoria.

Mas las aficiones guerreras de ambos, que hicieron más adelante de ellos dos grandes caudillos, teníanles siempre la imaginación en otra parte y sólo prestaban a las literaturas y filosofías de Alcalá una atención forzada y sin ahinco, insuficiente para cimentar nada sólido.

El Príncipe de Asturias por su parte ni aun siquiera tenía esto: apático y melancólico por naturaleza y sin más brotes de carácter que la ira y la soberbia, no amaba las ciencias, ni las letras, ni las artes, ni las armas, ni la guerra, ni le divertían cosas honestas, ni se complacía en otra que en hacer daño al prójimo, según afirma, con harta dureza a nuestro juicio, el Embajador veneciano Paolo Tiépolo.

Aburríase, pues, el Príncipe en Alcalá y crecía su aburrimiento a medida que su salud mejoraba.

En esta peligrosa disposición de ánimo, propúsole un criado suyo, de los que medran con los vicios de sus amos, que para distraer sus ocios hiciera la corte a una mozuela, hija del conserje del palacio, que según probables indicios, debía de llamarse Mariana de Gardeta.

Había el Príncipe mostrado desde niño extraña aversión a las mujeres, hasta el punto de insultar groseramente a varias de ellas, sin más motivo ni razón que aquella especie de rabia instintiva que su vista le causaba.

Acogió, sin embargo, con entusiasmo la mala idea del criado, y sirviendo éste de tercero comenzaron los recados y billetes, y siguiéronse las citas entre el Príncipe y la mozuela.

Veíanse en el jardín: salía ella disimuladamente de la vivienda de su padre, y bajaba él por una estrecha escalerilla cerrada con puerta de hierro, que por dentro del macizo muro de la gran sala llamada de Concilios, iba a parar a la parte aquella de la huerta.

No permitió la vanidad a D. Carlos guardar por mucho tiempo el secreto, y confiése el primero a D. Juan de Austria pidiéndole su ayuda. Mas era éste harto sencillo aún para comprender los repliegues y resbaladizas pendientes de la galantería, y rióse cándidamente de la extraña idea del Príncipe, que pretendía, a su juicio, hacer una reina de España de la hija de un conserje.

Rióse a su vez D. Carlos de la inocencia de su tío, y con dañada intención rasgó de un golpe la venda que cubría los ojos purísimos aún, del vencedor de Lepanto. Repugnó a éste el papel de encubridor que el Príncipe le reservaba en aquel terreno ignorado que ante su vista se abría, y negándole su ayuda, separáronse desabridos.

Buscó entonces D. Carlos otros confidentes, y encontrólos harto benévolos en dos gentileshombres de su cámara, que comenzaron a porfía a empujarle por aquella dañada senda con el pretexto de que el amor, según ellos lo entendían, había de despabilar las facultades intelectuales del Príncipe y a reconstituir su debilitado físico.

No pensaron lo mismo el ayo D. García de Toledo y el caballero mayor Luis Quijada, que enterados al fin del caso, mandaron cerrar, de común acuerdo, la puertecilla de la escalera que daba a la huerta.

No osó D. Carlos descargar por entonces su rabiosa ira sobre el ayo D. García, y limitóse a apalearlo él mismo bárbaramente al infeliz criado que cerró la puerta.

Procuróse con el mayor sigilo otra llave nueva y el 19 de Abril (1562) que por ser domingo era para los Príncipes día más desahogado, citó a la mozuela al pie de la escalerilla a las doce de la mañana.

Comió aquel día D. Carlos con grande prisa y como azorado, y no bien terminó la comida despidió a toda la servidumbre y salióse él mismo, dejando solos al Príncipe de Parma y a D. Juan de Austria.

Llamó a éstos la atención el azoramiento del Príncipe, y siguiéndole de lejos, viéronle desaparecer por la escalerilla del salón de Concilios sin cuidarse siquiera de cerrar la puerta.

Miráronse los dos Príncipes sonriendo, como dándose cuenta de lo que se trataba, y en el mismo momento oyeron un gran estrépito en la escalera como de algo que rodaba y ayes lastimeros que subían de lo hondo.

Corrió allí D. Juan desalado, y Alejandro Farnesio avisó con gran prudencia a D. García de Toledo y a Luis Quijada.

Encontraron al infeliz Príncipe tendido en el suelo, con la

cabeza abierta y desangrándose. Había bajado con ciega precipitación la escalera, y al llegar a las últimas gradas faltáronle los pies y rodólas de cabeza, dando con ésta tremendo golpe en la maciza puerta.

Curáronle en el primer momento los doctores Vega y Olivares, médicos de cámara, y el licenciado Deza Chacón, cirujano del Rey; y como al vendarle éste se quejara el Príncipe dolorosamente y el cirujano aflojase la mano, gritóle Luis Quijada, que siempre auguró mal de la herida:

—Apretad, licenciado Deza, apretad... No le curéis como Alteza, sino como a villano.

Despachó al punto D. García de Toledo al gentilhombre de cámara del Príncipe D. Diego de Acuña para informar al Rey de lo que pasaba, y al amanecer del día siguiente (lunes 20) estaba ya de vuelta con el Dr. Gutiérrez, protomédico del Rey, y los doctores Portugués y Pedro de Torres, sus cirujanos.

Algunas horas después llegó el Rey en persona y en su presencia reconocieron la herida todos los médicos: declararon éstos unánimes que no revestía carácter alguno alarmante, y tranquilo con esto D. Felipe, volvióse a Madrid aquella misma noche.

Mas a los once días, en la madrugada del 30, asaltó al Príncipe una recia calentura con fuertes dolores en la herida, en el cuello y en la pierna derecha, que, por otra parte, parecía tener como muerta.

Alarmáronse los médicos y declararon entonces que aquellos síntomas revelaban una lesión en el cráneo y quizá en el cerebro.

Avisaron de nuevo al Rey D. Felipe con gran urgencia, y aquella misma noche del 30 llegó a Alcalá con el Duque de Alba, el Príncipe de Évoli y el antiguo médico de Carlos V, Vesale. Algunas horas después llegaron los demás

señores del Consejo y los Grandes que tenían oficios en la corte.

El 2 de Mayo era tanta la gravedad del Príncipe, que mandó el Rey administrarle los Sacramentos: tenía inflamado el rostro, ciegos los ojos por la hinchazón de los párpados y paralizada del todo la pierna derecha.

Recibió D. Carlos el Viático con mucha devoción, y despejada la pieza, hizo señas a D. Juan de Austria de que se acercase.

Asióle las manos con mucho cariño y díjole muy bajo que había ofrecido a Nuestra Señora de Montserrat su peso de él mismo en oro y tres veces este mismo peso en plata si le curaba; que había hecho igual ofrecimiento al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y al Cristo de San Agustín de Burgos: pero que había allí en Alcalá, en el convento de franciscanos de Jesús y María el cuerpo de un grande santo, que se llamó Fr. Diego; que quería hacerle también este mismo ofrecimiento, y que le pedía por lo mucho que le amaba, que fuese él mismo en persona a hacer en su nombre esta promesa ante el sepulcro del Santo.

Prometióselo D. Juan muy conmovido, y desde aquel día fué todos ellos por mañana y tarde a pedir la curación del Príncipe ante el sepulcro de Fr. Diego.

La enfermedad había trocado al mísero D. Carlos en dócil y benévolo, y a todos prestaba obediencia y pedía perdón, muy en especial a su padre y a Honorato Juan, única persona quizá a quien amó de veras.

Quería que D. Juan de Austria y el Príncipe de Parma estuviesen siempre a su lado, y cuando por la fatiga no podía hablarles, tomábales las manos y se las acariciaba con las suyas.

Catorce consultas de médicos presidió el Rey D. Felipe desde el 30 de Abril al 8 de Mayo. Sentábase en su sitial

con el Duque de Alba a la derecha y D. García de Toledo a la izquierda: poníanse detrás los Grandes de la corte y enfrente los médicos, sentados en escaños, formando semicírculo. Don García de Toledo daba por turno la palabra a los que debían usarla.

En una de estas consultas habló alguien de un morisco viejo de Valencia, llamado el Pintadillo, que hacía curas maravillosas con unguentos que preparaba. Protestaron los médicos: mas el Rey mandó traer a Pintadillo en postas, sin pérdida de tiempo, con escándalo y ofensa de todos ellos.

En la noche del 8 de Mayo declaráronse los médicos vencidos y anunciaron al Rey que sólo quedaban al Príncipe tres o cuatro horas de vida.

No quiso D. Felipe verle morir, y marchóse aquella misma noche, dejando al Duque de Alba y al Conde de Feria detalladas instrucciones para el funeral y el entierro de su hijo. Algunos señores de la corte apresuráronse a comprar el paño para los lutos.

Pasó toda aquella noche de angustia D. Juan de Austria a la cabecera del moribundo, y al amanecer dijo al Duque de Alba que le acompañase al convento de Jesús y María, para pedir por última vez a Fr. Diego la salvación del Príncipe.

Entonces tuvo el Duque de Alba una idea repentina, que Dios le inspiró sin duda. Mandó en nombre del Rey abrir el sepulcro de Fr. Diego y llevar el cuerpo a la cámara del Príncipe.

Dispúsose la procesión para el mediodía: iba delante el pueblo entero clamando a Dios misericordia: seguíanle centenares de penitentes con sayales y capirotos y las espaldas desnudas, disciplinándose cruelmente: detrás venían cuatro frailes de San Francisco trayendo en unas parihuelas el cuerpo de Fr. Diego: venía éste en un ataúd, envuelto

en un sudario, con el rostro incorrupto, pero amojamado, como hoy día se conserva, descubierto.

A derecha e izquierda del ataúd iban dos penitentes, cubierto el rostro por áspero capirote y dejando ver la túnica de sayal, los pies desnudos y ensangrentados por los guijarros del camino: eran los dos *rayos de la guerra*, Alejandro Farnesio y D. Juan de Austria.

En pos de ellos venía el Duque de Alba con la cabeza descubierta y seguíanles y rodeábanles la universidad, las comunidades, los estudiantes, la nobleza, el clero, los palaciegos, los gremios, no en devota y ordenada procesión, sino mezclados todos y confundidos, henchiendo las calles como una avalancha de angustia y amargura que arras-trase hacia palacio el cuerpo de Fr. Diego, que había de salvar al único heredero varón de la corona de España.

Entraron el cuerpo en la cámara del Príncipe, abierta ya de par en par, como suele estarlo la de un cadáver, y precipitóse dentro todo el que pudo, sin orden, ni jerarquías, ni concierto.

Estaba el Príncipe boca arriba en el lecho, con los ojos cerrados por la hinchazón de los párpados, la nariz afilada, la boca abierta y el ronco estertor saliendo difícilmente de su garganta seca.

Pusieron el ataúd sobre la cama, tocando al cuerpo del Príncipe: El Prior de San Francisco cogió una de sus manos inertes y púsola suavemente sobre el pecho de Fray Diego...

Reinó un silencio inverosímil, en que nadie respiraba: hubiérase oído la caída de una hoja, el aleteo del Ángel de la Guarda llevando al cielo aquellos clamores de fe, aquellas lágrimas de esperanza...

De repente dió el Príncipe una vuelta hacia el ataúd y trocóse el estertor en respiración tranquila...

El pavor de lo sobrenatural posesionóse de todos: a muchos se les erizaron los cabellos... Diez minutos después invadía al Príncipe un apacible sueño que le duró seis horas... Salieron todos de puntillas, conteniendo los alientos... Sacaron el cuerpo calladamente...

Al despertar el Príncipe llamó a D. Juan de Austria y le dijo que había visto durante aquel sueño a Fr. Diego de Alcalá con su hábito franciscano y una cruz de caña con una cinta verde. El Santo le había dicho que aquella vez no moriría.

Y no murió en efecto (1).

(1) El primer cuidado del Príncipe D. Carlos al levantarse convaleciente, fué el de pesarse para cumplir el voto que había hecho. Pesaba tres arrobas y una libra, y debía, por lo tanto, a cada uno de los cuatro santuarios tres arrobas y una libra de oro, y nueve y tres libras de plata. El Príncipe no pudo pagar en vida esta deuda: pero en la cláusula XV de su testamento, hecho en 19 de Mayo de 1564, encarga a su padre el Rey D. Felipe el pago de ella. En la cláusula siguiente encárgale también que promueva la canonización del santo lego franciscano, como lo hizo en efecto Felipe II, siendo al fin canonizado *San Diego de Alcalá* por Sisto V en 1588.



IV

SALIÓ D. Carlos de Alcalá el 17 de Julio para terminar su convalecencia en Madrid, y quedaron solos Alejandro Farnesio y D. Juan de Austria, prosiguiendo sus estudios hasta fines de 1564.

Entraba D. Juan entonces en esa peligrosa edad de la adolescencia en que la naturaleza despierta a ciegas y la imaginación divaga por mundos desconocidos, forjando inquietudes misteriosas, deseos vagos y extraños sueños que turban el entendimiento, arrastran el corazón y extravían con triste frecuencia la voluntad, si cualquiera mala influencia tuerce su rumbo.

Estaba, sin embargo, D. Juan demasiado alto y harto bien guardado para que llegasen hasta él las vulgares influencias de la chusma estudiantil, de que dijo después Alarcón en la *Verdad sospechosa*:

Son mozos, gastan humor,
Sigue cada cual su gusto,
Hacen donaire del vicio,
Gala de la travesura,
Grandeza de la locura;
Hace, al fin, la edad su oficio.

Mas había también en Alcalá estudiantes de la más alta nobleza, que hacían su corte a los Príncipes y participaban